

CORREO DE MADRID

DEL SABADO 20 DE DICIEMBRE DE 1788.

Concluye el Discurso sobre la guerra.

En los exercitos como en las combinaciones militares, no tendrian otro lugar que el que les corresponde; serian en manos de los Generales accesorios ventajosamente empleados en resguardar y apoyar la tropa. Finalmente todos los ramos de la ciencia militar formarian unas vi-suelas dirigiendose á un solo punto, y ese receptaculo de conocimientos grabado en el entendimiento de un solo hombre, lo haria *General*: quiero decir capaz de mandar los exercitos.

¡Quán de desear es el ver la ciencia militar perfeccionarse así, simplificando y haciendose mas facil! He dicho arriba, como esta revolucion pudiera hacerse en lo politico. La misma se haria, no hay que dudarlo, en casi todas las ciencias, si se apartáran de su teorica los errores que las obscurecen, los malos metodos que la complican. Entonces llegando los hombres mas pronto y en mayor numero á la cumbre de esas ciencias podrian adelantarlas; entonces sus pocos años de vida, no les impedirian ya de abrazar á varias á un tiempo, y propagar las unas con las otras; entonces la enciclopedia de los conocimientos humanos, hecha un conjunto de verdades, se formaria y añanzaria en medio de los siglos: semejante á un arbol frondoso y vigoroso que no tiene rama alguna inútil, ninguna que le dañe, y que estendiendose y pareciendo fortificarse sobre su base al paso que envejece, ofrece á sus felices cultivadores su espesa sombra, y sus deliciosas frutas.

Pero para acabar el paralelo del Arte Militar de los antiguos con el de nuestros tiempos, hay unos objetos de suma importancia que son al Arte Militar, lo que los cimientos son á su correspondiente edificio; y en los que los Griegos y Romanos nos sobresalieron. Hablo de los

medios de que se vallian sin cesar sus gobiernos para formar buenos ciudadanos, excelentes soldados y sobresalientes Generales. Su buena milicia, el vigor de su disciplina, la educacion guerrera de su juventud, el genero de sus castigos y premios, esta relacion importante era la que enlazaba sus constituciones militares á sus constituciones políticas.

Ninguno de estos objetos parece merecer la atencion de los gobiernos modernos. Ninguno de estos calculó aún el numero y la constitucion de sus tropas, sobre la poblacion de su reyno, sobre la política y sobre el caracter nacional. No se ve reyno alguno donde el soldado esté honrado; donde la juventud reciba una educacion militar; donde las leyes inspiren el valor y envallezcan ó tachen la floxedad y desidia; donde la nacion, en una palabra, esté con sus costumbres y preocupaciones para formar una milicia vigorosa. En aquel reyno que llamamos militar; porque su Soberano es hábil guerrero en aquel estado que se engrandeció por las armas, que no existe y no puede jactarse de conservar sus conquistas sino por ellas, las tropas no están contituidas allí con mas vigor que en otras partes; no son ciudadanas; ellas son aún mas, que en qualquier otro reyno, un conjunto de mercenarios, de vagos, de extranjeros que la Inconstancia ó la necesidad hacen militar baxo sus vanderas, y á quienes una rigurosa disciplina sujeta. Esta disciplina firme y activa en algunos puntos, está relajada y despreciable en otros muchos. No es otra cosa, comparandola con la de los Romanos, sino una cascena de cosas de uso, de semi-medio-correctivos, de suplementos viciosos; aquellas tropas mal constituidas tuvieron algunas guerras felices; pero deben agradecer sus aciertos á la ignorancia de sus

enemigos, á los muchos talentos de su Rey guerrero, á una nueva ciencia de maniobrar que inventó. Si á este Principio, cuyo ingenio sostiene únicamente el edificio imperfecto de su constitucion, le sucede un Rey floxo y sin talentos, en poquisimos años ha de degenerar y caer el militar Prusiano; y se verá esta potencia efémera volver en la esfera que sus medios físicos le señalan, y quizá pagará caro algunos años de gloria.

Si tal es la constitucion militar de una Monarquía, cuyo Soberano es el mas grande Capitan de su siglo, que instruye y manda por sí sus exercitos, los que forman casi todo su esplendor y su corte, ¿qué tal serán las constituciones de aquellas Monarquías, donde el Soberano no es militar; donde no ve ni revisa sus tropas; (a) donde al parecer desdeña ó ignora todo lo que ha de tener relacion con ellas; donde la corte que recibe siempre el influo del Soberano, por consiguiente es nada menos que militar; donde la intriga sorprende, la importunidad y el descaro se llevan los pingües premios; donde la mayor parte de estos llegan á ser mayorazgos vinculados en unas mismas familias; donde el benemerito yace languido quando está sin empeños; donde el credito puede ascender sin talentos; donde hacer carrera, no significa ya adquirir fama sólida, sino amontonar riquezas repentinas y sospechosas; donde en una palabra puede verse cubierto de dignidades y de infamia, de graduaciones y de ignorancia; servir mal á la patria, y disfrutar sus primeros empleos; verse con el vituperio público, y gozar del favor del Soberano?

Pero prescindiendo de los vicios particulares que la indole de los Soberanos y la corrupcion de sus cortes pueden hacer rebosar sobre las constituciones militares de sus Reynos, ¿cómo llegar á calcular los infinitos abusos que resultan de no haber relacion alguna, entre el ramo militar y los otros ra-

mos del gobierno?.... Por eso vemos aquellos estados exclusivamente mercaderes ó militares; porque el sistema momentaneo de sus Ministros, hace consistir fuera de tiempo toda la fuerza pública en las riquezas, ó en los exercitos. Por eso vemos á los *Directores* de guerra que en su vida vieron exercitos; y con todo arreglan la suerte de los exercitos, esas ordenanzas militares hechas por plúmistas; generales que ignoran el influxo que tienen las operaciones de la guerra en lo político, y lo que padece lo interior de los estados para sostener la guerra; por eso vemos todas estas constituciones militares mal entendidas, imitándose reciproca y casualmente sin meditacion alguna; el numero de las tropas sin proporcion á los medios, y á la extension de los estados, las tropas ya abandonadas, arrinconadas y miradas como zanganos de la república, y como un peso casi inutil, ya aumentadas fuera las justas y racionales limites; por eso vemos esas tropas tan extrañas y torpemente constituidas y empleadas que arruinan al Estado, cuya prosperidad y fuerza deberian hacer á un mismo tiempo; que quitan á la poblacion la especie mas hermosa de los hombres; que los brazos de esos hombres se enflojecen en la tropa, sus costumbres se debilitan, y á tal extremo que quando dexan aquella profesion, ya no son para otra cosa que para la librea ó los trabajos pusilánimes y sosegados de las Ciudades. Por eso estamos viendo que en tiempo de paz no se emplean sino en trabajos pueriles y distantes de la guerra; que las amontonan en las plazas, como si el enemigo estuviese por entrar en el Reyno, quiero decir, en las fronteras, en los parages donde los comestibles están carísimos, y tienen mas salidas; donde los vecinos tienen mas recursos é industria; en lugar de repartirlos en las Provincias interiores faltas de vivificacion y de numerario; que tienen mas comestibles que consumidores; en aquellas Provincias que están incultas y

(a) Se ha visto quando la augusta presencía del Rey en los exercitos, excitó el valor y estimuló las tropas.

que el soldado pudiera cultivar; que estén faltas de caminos, y que el soldado pudiera hacer. Demonstraré, en mi obra, que aquellos abusos existen y que se pueden remediar. Infatigat los abusos, sin suministrar al mismo tiempo las pruebas y los remedios para extirparlos, sería erigirse en atrabilario: sería asemejarse á aquellos Medicos barbaros que vaticinan males que no pueden explicar ni curar.

Me queda que expresar por qué la historia del universo nos representa siempre el Arte Militar, declinando entre los pueblos, al paso que las demas artes hacen progresos en ellos; observacion que hice ya al principio de este discurso.

No se debe atribuir esta revolucion ni á las artes ni á las ciencias; la poca destreza de los gobiernos: ved. aquí su unica causa. Estos efectos hasta ahora fueron coetaneos, sin precisamente ser enlazados y dependientes. Las luces nunca pueden ser perjudiciales. Dexamos aquella preocupación funesta á los apologistas de la ignorancia. Las luces hacen desvanecer los errores, fixan los principios, y traen la verdad. Los siglos de luces no pueden ser tiempos de desdicha para la humanidad, á menos que hayan hecho semi-progresos, sino sucede lo que á los antiguos, que se aplicaron mas á las artes que á las ciencias; á los conocimientos frivolos, que á los utiles; sino iluminan á una parte del globo, como entonces, dexando á las otras cubiertas con el velo de la ignorancia; sino que (como hoy en dia) estén cultivadas por un numero reducido de hombres, y que desechadas y despreciadas por los gobiernos, hagan estos que la verdad pelee inutilmente con las pre-

ocupaciones, la filosofia con la ignorancia, el despotismo contra los derechos de la naturaleza; y con todo pudieramos tener algun consuelo, quizá, de las desdichas pasajeras que nacen del choque de las luces con las tinieblas: el crepusculo de la mañana aleja la noche, y anuncia el dia. Finalmente quando la propagacion de los conocimientos humanos esté general; quando la veamos al mismo tiempo entre los grandes y los chicos, quando los gobiernos, á la voz estén instruidos, vigorosos y activos, quando la luz nos venga de ellos como baxa de los astros que iluminan nuestro emisferio, (a) el orbe será feliz, bendecirá sus gobiernos, como bendice aquellos astros que la fertilizan.

Vuelvo á mi asunto. No son las artes ni las ciencias que hicieron decaer el Arte Militar entre los pueblos de la antigüedad; ni ellas le sirven de trabas hoy dia para que haga progresos. Las luces generales al contrario deberian perfeccionar aquel arte como perfeccionan las demas. Deberian hacer que la tática sea mas sencilla y mas científica, las tropas mas instruidas, mejores los generales. Deberian hacer que las máximas y el metodo destierren á la cartilla; las combinaciones á la casualidad. Si interin que las demas ciencias se adelanten, la de la guerra queda en su infancia, es porque no la consideran con aquella importancia que se merece y que se le debe; es porque no hacen del Arte Militar el objeto de la educacion pública; porque no hacen que los hombres de talentos sigan aquella profesion; porque dexan esperar á estos mas gloria, mas distinciones y crecidas utili-

(a) En el Reynado de nuestro benéfico Soberano, Don Carlos III. ha logrado á España las ventajas que no habia conocido IV. siglos anteriores. El ilustrado ministerio que influye tan sabias máximas merece nuestra eterna gratitud.

Si la España debe á la memoria del Señor Rey Felipe V. una academia de Historia tan celebrada entre las naciones estrangeras; levantará la fama un eterno monumento á nuestro amado Rey Carlos III. y á su ilustrado primer ministro el Excelentísimo Señor Conde de Florida blanca, por las claras luces que se esparcirán desde el famoso edificio que se acba de cumentar.

dades en las ciencias frívolas y de poca entidad ó de menor peligro; y porque hacen de la carrera de las armas, una carrera ingrata, permitiendo que la intriga y los empeños se lleven los premios y la remuneracion debidos á la constante aplicacion, al desvelo y al verdadero benemerito.

Finalmente, si una nacion se enflaquece, se corrompe, desprecia la profesion de las armas, pierde la costumbre los trabajos tan característicos de aquella carrera; si una nacion degenera á tal extremo, el nombre sagrado de *Patria*, llega á ser una voz sin significado; si sus defensores no son mas que unos meros mercenarios envilecidos, acobardados, miserables, mal constituidos, tan insensibles á los éxitos, como á los desgraciados acontecimientos (por estos vicios en las costumbres y en las constituciones, decayeron todas las milicias antiguas, y todas nuestras milicias modernas pecan en lo mismo) es una por falta de los gobiernos: porque estos deben vigilar sobre las costumbres, las opiniones, sobre las preocupaciones y sobre el valer. Con la virtud, el exemplo, el honor, el castigo, han de ser mas poderosos que el lujo, que los vicios, que los abusos, que las pasiones, y que la corrupcion la mas inveterada. Con aquellas mismas luces (que la ignorancia cree ser el manantial de la decadencia y caída total de los imperios) deben los gobiernos instruir á las naciones y mostrarlas el precipicio á donde corren; ponganse á reformar que ellas los seguirán; y con tanta docilidad que mas ilustradas conocerán mejor el bien que se las prepara, los vicios en que viven sumergidas y la prosperidad que las aguarda.

Por lo general los gobiernos de las grandes naciones están muy remotos de hacer y conocer perfectamente todo aquello que esté en su arbitrio: no conocen bastante la extension de sus recursos: desmayan á vista del numero de los abusos y de la antigüedad de estos: no se atreven á aplicar el azero ó los remedios, á las llagas que los devo-

ran: se agitan sin eficacia, como un moribundo en las convulsiones de la agonía. No nos cansemos de repetirles que si los vicios son infinitos, los medios son inmensos; que no tienen mas que perfeccionar su constitucion, hacerse justos, instruidos, nerviosos y vigilantes, y que entonces les será facil regenerar los reynos; que si los vicios corrompen rapidamente, las virtudes pueden regenerar velozmente. Pongamos siempre al lado del quadro espantoso de los males, la posibilidad animosa de la curacion. ¡Quizá parecerá á la cabeza de las naciones unos hombres que no se desesperaran de su salvacion, que desearen el bien publico, que amarán la gloria, y á quienes aquellos dos afectos poderosos, todo se lo hará factible!

El ingenio y la virtud pueden nacer sobre los tronos.

No hice mas que ofrecer un bosquejo imperfecto de las revoluciones del Arte Militar. Este quadro merece ser el asunto de una historia militar. ¡Qué importante y curioso sería seguir los progresos de este arte, brujuleando en la sucesion de los siglos, de seguirlos particularmente entre los grandes pueblos; de observar en estos lo que era en las diferencias y progresivas épocas de su elevacion, de su decadencia, y de su total ruina; y lo que era al mismo tiempo entre las naciones coetaneas, á cuyas costas ó sobre sus ruinas hacia el arte progresos! Esas indagaciones instructivas no se habian de ceñir unicamente á la historia del arte, habian de examinar tambien á las mismas épocas, las constituciones de las milicias de los diversos pueblos; las relaciones que tenian con sus constituciones políticas y sus costumbres: los sucesos militares de las naciones dependen, mas de lo que se piensa, de la política de sus gobiernos y sobre todo de las costumbres; y es aquel enlace que nunca nos han explicado con bastante claridad la mayor parte de los historiadores, que por lo regular no son ni militares ni filósofos y aun menos uno y otro á la

vez. ¡ Qué digna de nuestro siglo sería una obra tan interesante!

Letrilla.

Que en una principal dama,
por su renta, no por fama,
se miren ricos vestidos
bordados y guarnecidos;

está muy bien.

Pero en una su sirvienta
que tiene diariamente
quatro reales, (mucho he dicho!)
¿este lujo por capricho

estará bien?

Que en una principal dama
se mire media de trama,
mantilla de muselina
de mil flores superfinas;

está muy bien.

Pero en una su criada
pudiendo; si fuera ahorrada,
recoger dote mediano,
y casarse con *filano*;

¿estará bien?

Que una principal señora,
se adorne y no como *Flora*,
con aderezo y pendientes
de brillantes refulgentes;

está muy bien.

Pero que la su doncella,
aunque los regale aquella,
tan preciosos se los ponga,
sin dexar de ser *mondonga*;

¿estará bien?

Que una principal señora,
gaste muy linda escofieta,
sea turca, ó sea mora,
de perlas finas repleta;

está muy bien.

Pero que una su doncella
al Prado baxe con ella,
manifestando en el porte
una *ser* de las de corte,

¿estará bien?

Que aquella señora mía,
gaste con soberanía,
rico zapato bordado
que dos duros ha contado,

está muy bien.

Pero en una su criada,
por casaca trastornada,

tan exquisitos mirarlos,
sin tener con que pagarlos;

¿estará bien?

Que una señora opulenta
sufra el peyne de tormenta,
mas ó menos de dos horas,
al estilo de señoras;

está muy bien.

Pero que una su criada,
solo de lujo obligada
se cubra toda la frente,
siendo para sí inclemente,

¿estará bien?

Que esta Letrilla pudiera
ser mas larga, y mas severa;

bien podria

Pero sin que descubriera
cosas que otra ignoraria,
no podria.

R. J. S. D. S. M.

Señor Editor: dice una sentencia, yo no sé de quien, (aunque para el asunto nada hace al caso) que es lícito al sabio el delirar una vez al año. Yo pues que ni soy sabio, ni jamás me ha pasado por la imaginación de que lo soy, no obstante de que hay hoy en el día tantos que se lo figuren, bien podré tener la libertad de delirar hoy. Es pues el caso que me causa gran estrañeza el ver que en un tiempo en que los filosofos modernos han adelantado tanto en los descubrimientos físicos, y que lo que es mas, hay tantos observadores de aquellas cosas, que nunca se han observado, no se haya reparado en una cosa sumamente trivial. En efecto habiéndose discuido tanto sobre la virtud magnetica, y habiendo observado algunos la virtud atractiva de varios cuerpos electricos mas ó menos activa á proporcion de sus fuerzas, no se ha reparado en la virtud atractiva que tiene el oro, superior en todo á la del imán, y de todos los cuerpos electricos, que se han conocido, se conocen y se conocerán jamás. Porque si lo miramos con atención, ¿en qué se puede comparar el atraer el hierro, el acero Sec. con el atraer los corazones, las voluntades, las inclinaciones? Pues esta es la vir-

tud del oro. Su pálido color causa una alegría tan grande, que creo que sería el mas poderoso remedio para curar tristezas. El corazón del hombre no se inclina de suerte, y es atraído del oro de tal manera que este no sólo le señorea, le domina y le tiraniza; sino que aun le hace salir de sí, e irse al saco ó talego, donde está encerrado. ¿Dónde hay filtro mas poderoso para atraer voluntades? Vemos á cada paso un hombre, cuya figura pudiera servir de original á los grotescos de Calot, cuyas palabras son tan solo necedad sobre necedad, y todas sus expresiones, talle y demas cosas pudieran hacer vomitar á qualquiera, pero que tiene oro: pues hay quien le dice que es un Adonis, sus palabras se celebran como sentencias y chistes, y en fin todo es bueno todo agraciado. Hay un viejo contemporáneo del Rey que rabió, con mas males que un hospital baboso, regañon y asqueroso en todo; pero es rico quiere casarse; pues quando le faltare muger moza y aun linda, á mí que el oro me falte. Una dama que ha pasado mas allá de su juventud, que á pesar de sus afeites y compostura, nada parece menos que una Venus, y sobre todo es necia, presumida y caprichosa, pero rica: no se ve libre de pretendientes que aspiran á su mano quien la llama Venus, quien la compara á Helena, quien dice que aventaja á Christina de Suecia en el talento; y aun habrá poeta que haga una cancion Real á sus cabellos, aunque gaste peluca por estar calva. En qualquier parte; quien triunfa, quien se lleva las atenciones de todos? el rico, que por dó quiera que vaya le sucede lo que al borrico ó borrica que llevaba la estatua de Isis que todos le tributaban adoraciones. Pues ahora; quien es el que hace estos milagros? El oro. El pobre, aunque sabio, aunque prudente, está arrinconado como trasto de desvan, y es estimado de muy pocos. Un joven, aunque mas galan que Paris, será siendo pobre tenido por un ciclope, y hallará quando mas una fea que le haga el honor de darle la mano. El oro

da fama, el oro da mérito, el oro da preminencias el oro atrae amigos, y el oro da todo, todo lo avassalla, todo lo sujeta. El pobre llora, el pobre suspira, el pobre gime, siempre está solo, nadie le busca, y sólo por un fenomeno muy particular se le ve levantar sobre el polvo; al mismo tiempo que al rico le sucede todo al contrario. El oro es apetecido de todos con las mayores ansias, y nadie hasta ahora ha llegado, por mucho que haya tenido á quedar satisfecho. ¿Qué virtud de metal! Mas digname si para aquí su actividad: nada menos. Atrae de suerte el corazón, la voluntad y las inclinaciones de los hombres que les hace atropellar por todo. Por lograrle abandona este la patria; aquel se entrega en una nave al elemento del agua para viajar á las partes mas remotas á pesar de los riesgos y peligros que le amenazan: aquel vive una vida penosa y fatigada, el otro lo aventura todo, y esto no rehusa el darse una vida misera é insufrible. Hasta las cosas mas sagradas hace atropellar este atractivo. Por él se violan las doncellas, por él se quebrantan la fe de los matrimonios: el hijo desea la muerte del padre ó del tio, el amigo falta al amigo, el huésped á su huésped, el traydor vende á su patria; y se atropellan en un todo las mixtias y leyes de la humanidad. Yo no se ciertamente en que opinaran los filosofos que consiste este magnetismo, porque aunque el efecto consta la causa no parece facil de averiguar. No quiero dejar mas, por no molestarle queda de Vm. &c. Madrid 23 de Noviembre de 1788. P. E. M.

IDILO.

Si quando Dios queria,
Ninfas de Manzanares,
oisteis mis cantares,
en que cantaba la alta dicha mia:
hoy que está tan trocado
mi ser, que del mas soave y dulce estado
al mas triste he venido;
prestadme, Ninfas, vuestro grato oido,
y á no ser que olvidando lo piadosas

querais hoy ser conmigo rigorosas,
vuestra atención prestadme,
y mis quejas penosas escuchadme.

Vosotros altos riscos,
pavleras avecillas,
nagetas de estas orillas,
aguas que humedeceis estos lentiscos,
oid á un desdichado
que muere de pesar acongojado;
sin dicha, y sin amigos;
y pues que fuistéis de mí bien testigos,
sedio foy de mi amargura,
publicar quiero aquí mi desventura,
y de vosotros mas piedad no espero,
que el que me digáis y supueste que ya
muero.

En esta misma orilla,
sentada en este llano
miro mi amor insano
á Cintia que escuchaba una avecilla
junto á esta clara fuente;
mi amor la dixe fino y reverente;
junto á este arbol frondoso
la di palabra que seria su esposo;
mas ¡ay recuerdo vano!

Este árbol, esta orilla, fuente y llano
no me acuerdan bonanza;
si solo mi pesar y su mudanza.
Después de haber labado
aquí su faz hermosa,
me dixo cariñosa

que mi amor á su pecho habia agradado;
aquí fue donde el alma
para quedar en calma
su amorosa pasión explicó atenta;
y aquí donde contenta,
viendo mi fino amor y mi ternura
juró por su hermosura,
que mi amor estimaba,
y que solo mis prendas adoraba,
por testigo poniendo el firmamento;
mas ¡ay que ha quebrantado el juramento!

Ah me pienso que veo
la corona dichosa
con que su mano hermosa
coronó mi afición y mi deseo;
que las voces escucho
con que me dixo, me adoraba mucho;
y con mis ojos miro ciertamente
el renglon, que yo ardiente
escribí en este tronco por mi mano:

Fabio de Cintia á pesar humano:

Mas ¡oh! ¿quién me dixera
que en suerte tan trocada le leyera?

Vosotros que mirasteis
su afición amorosa,
y á esa enemiga hermosa
tantas promesas tiernas escuchasteis;
sabed ¿quero quebrantó?
que quien prometió tanto
y de su amor me dió tantas señales,
oye con ansias mortales
me hace morir furioso y despechado
de pena enagenado,
pues la que antes me dió pruebas de

amarme,
y de fina adorarme,
hoy sé que vive (¡ay! dechro muerot)
unida (¡ qué furor!) á un estrangero.

Si es estancia penosa
para qualquier amante;
por mas que ame constante
ver á su dama fiera y desdenosa;
¡qué mas rabiosa pena,
qué mas alevé y mas cruel faena
que haber sido admitido,
y ser después dexado, aborrecido?
diga, si; diga quien hubiere amado
si hay pesar mas fundado,
pues que no tiene amor en sus rigores
otras penas mayores.
entre todas sus penas y sus daños,
como llorar atroces desengaños.

¿Cintia posible era
que muger tan hermosa,
tan dulce y cariñosa,
y una boca tan bella, así mintiera?
¿posible es que tu acento
tan solamente fuese dado al viento?
¿qué promesas tan dulces y tan no oídas
solo fuesen mentidas?

¿y que todas tus voces finalmente
fuesen y engaño solamente?
jurando por tu cara
vicjar, no temes tu hermosa rara?
mas ¡ay que muger eras!
que mucho que engañaras y mintieras.

¿Dime cirana fiera
di dueño riguroso,
ese pastor dichoso
es de mas alta y mas plausible esfera?
¿es que yo mas valiente
mas bello, mas glorioso, mas potente?

1362
a fe ingrata que yo no soy tan feo,
ahora aquí me veo
en esta clara y diáfina corriente,
y que en rostro ni frente
me excede, ni en la sangre me aventaja,
¿pues cuál es su ventaja?
mas ya lo advierto: pues que muger eres
aquello que es peor ansiosa quiceres.

Y tu pastor dichoso
no estás tan engreído,
por que hayas conseguido
la conquista de un pecho tan hermoso:
yo también le amé fino,
y al principio loaba mi destino:
me creí de ese pecho ser el dueño,
y en tan precioso empeño
mi fortuna cantaba,
y aun al amor también desafiaba,
mas hoy de sus amores
solo lloro mudanzas y rigores:
pues ten cuenta que puede
que padezcas lo que ahora me sucede.

Quiéramos amor inhumano,
que todo ese contento
se trueque en sentimiento,
y como yo lloréis un mal tirano:
que vuestro gozo todo
en pesares se vuelva de tal modo,
que en aquesta aflicción y desconsuelo
jamás halleis consuelo,
que las dichas se os huyan fácilmente
que en un pesar vehemente
se cambien vuestras glorias, vuestros
gustos;

y de amargos disgustos
padezcáis la desdicha que padezco,
y perezcais del modo que perezco.

Mas ¡ay yo que profiero!
esta pasión violenta
que el alma me atormenta
de mí me saca con impulso fiero:
Ninfas de Manzanares
que oísteis mis rigores y pesares,
truncos, riscos y prados
que habeis hoy mis congojas escuchado,
sabed que aquí fallece

NOTA. Por equivocación de imprenta, se duplicó el número 215 debiendo el anterior ser el 216.

Erratas del Numero anterior, donde dice *subeat*, lease *jubeat*; en las respuestas de Guerrero á Aleman en la última de ellas se dexó por olvido una línea que debe decirse de aquesta manera.

á impulsos de su mal que tanto crece,
un pastor finamente enamorado,
de Cintia despreciado,
y os pide por el gusto postrimero
pongais sobre su losa este letrero.

Aquí yace enterrado
un infeliz amante,
(aunque en amar constante)
de su ingrata pastora despreciado:
fue al principio admitido,
y logró ver su amor correspondido;
pero olvidado de su infiel pastora
bella como traidora
ahogado entre mil ansias y dolores
al fin murió de amores:
y baxo de esta losa, peregrino,
te acuerda su destino;
para que al fin te arguya
ejemplo tomes en la suerte suya.

Ya Cielos mas no puedo:
esta pena importuna
tanto en mi mal se auna
que ya sin fuerzas y sin voces quedo:
ya el corazón palpita,
la vista... voz... la acción se debilita
no puedo ya alentar: aquí acabada
será la desdichada
vida de aquel que amó constante
á una hermosa inconstante:
qualquiera amante erguido
escarmiente, aunque esté correspondido:
y si mi mal hoy sirve de escarmiento,
en tantas ansias morire contento.

D. J. P. I.

A Don Francisco Gregorio de Salas: su
muy apasionado Don Lucas Aleman.

Quintilla.

Los conceptos naturales,
con que tus versos señalas,
acreditan bien cabales,
que por sobarte las sales,
todo quanto escribes Salas.